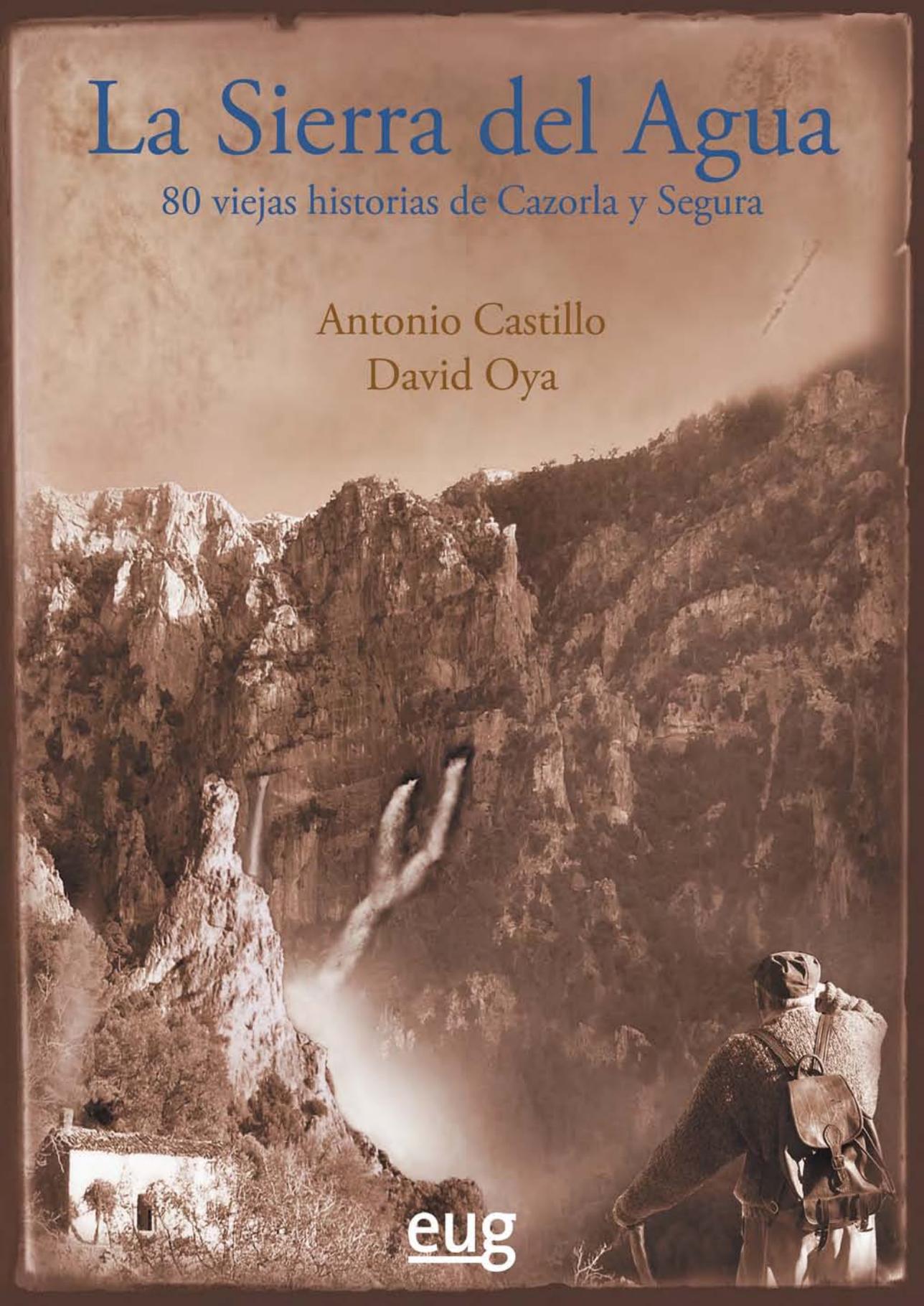


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug



## 41. Origen e historia de la emblemática laguna de Valdeazores

Por Antonio Castillo, Alfredo Benavente y Valentín Badillo



Laguna de Valdeazores, al poco tiempo de formarse por un deslizamiento de la vertiente izquierda del arroyo. En la orilla derecha, la esposa del ingeniero Mackay, doña María Moreno con sombrilla, dos de sus hijas, un guarda y un serrano (foto E. Mackay. Colección de la Casa Mackay. 1915)

LA LAGUNA de Valdeazores es uno de los rincones más emblemáticos y bellos de la Sierra. Enclavada en su mismo corazón, entre la Cuerda de las Entrelanchas y Cuerda Lastonera, recibe todos los años miles de excursionistas del Parque Natural. La ruta que desciende por el valle del Borosa, desde Collado Bermejo hasta la piscifactoría, pasando por

esta laguna, el pantanillo de Aguas Negras, el Salto de los Órganos, los travertinos del Alto Borosa y la Cerrada de Elías, es de una belleza inigualable. ¿Pero conocen realmente los visitantes el origen e historia de esta laguna? Sobre ello trata precisamente este artículo.

El río Borosa siempre fue un cauce libre y de aguas brías, con fuertes desniveles, cascadas, saltos y cerradas, tal y como lo conocemos hoy día. Recibía sus primeras aportaciones casi permanentes de la fuente de la Reina, en el arroyo de Valdeazores, y de su tributario, el arroyo de Valdeazorillos, más pobre en aguas.

Hay documentos que dan fe de que en el verano de 1892 se produjeron talas abusivas en Loma Enmedio y en Valdeazorillos, lindando con lo que hoy es la laguna, a las que siguió un incendio provocado por los madereros, como queda demostrado por el tronco calcinado sumergido en el agua de la laguna, en la foto que encabeza este artículo. Ello al parecer se hacía para borrar rastros de la depredación y vestigios del fraude.

Tras el desastre, el aspecto de esas vertientes debió ser lamentable, con rocas trituradas y desnudas sometidas a altas pendientes, donde antes todo estaba en equilibrio y sujeto por el monte. Una gran tormenta provocó el deslizamiento de una lengua de tierra en masa de la ladera izquierda del cauce (Quebrada de la Hoya del Corral), lo que unido a un aporte extraordinario de tierra y piedras de las laderas desnudas de Loma Enmedio llegó a obturar el arroyo de Valdeazores por debajo de la confluencia con el Valdeazorillos.

De este deslizamiento se cuentan algunos hechos reales y otros seguramente imaginarios, uno de los cuales afirma que la tierra engulló el cortijillo de la Hoya del Corral, donde habitaban tres chiquillos huérfanos que se salvaron milagrosamente. Incluso, dicen que los tallos de las patatas de la casa salieron a las orillas del pantano recién creado. Lo que si parece probado, es que en el cantil de la margen derecha, en un extraplomo, tenían covacha y hatos algunos pineros. La noche del deslizamiento estaban de fiesta en el cortijo de la Hoya, y la rápida subida del agua anegó sus chozas. Es posible, que en alguna

terracilla junto al río hubiera un cantero de patatas, y quizás de ahí lo de los tallos de las patatas en el agua.

Los turbiones y limos de los arrastres se encargaron poco a poco de ir sellando el dique natural, de forma que el embalsamiento accidental se consolidó y la lámina de agua tomó entidad y naturalidad. La noticia corrió como la pólvora, y fue motivo de visitas de serranos, ingenieros y curiosos de la época.

Aquello vino a ocurrir seguramente en los albores del siglo XX, cuando ya andaba por allí el ingeniero Mackay, que inmortalizó por primera vez con su cámara el excepcional deslizamiento fluvial. Y como testimonio nos han quedado bellas fotos de gran valor documental, entre ellas la que encabeza este artículo, tomada por Mackay en 1915, y publicada en la revista *Montes* en 1917 con la siguiente leyenda: «Otra gran quebrada, pero ésta de deslizamiento, dio lugar a la formación del embalse que muestra la fotografía (lámina 28). Una considerable masa de tierra sobre una ladera de 43 centésimas se desprendió de los escarpes que la limitaban en su coronación, y descendió al fondo de la vaguada, cortando el curso del arroyo (de la Reina) y anegando hasta la cima pinos de treinta metros de altura».

Años después, al irse colmatando la balsa por el continuo aporte de sedimentos, se construyó un dique de piedra para subirle el nivel, visible bajo la actual laguna, y aprovechar así el mayor colchón de agua para amortiguar la caída de los troncos provenientes del deslizadero del barranco de Valdeazorillos.

Tras observarse con los años que la modesta laguna contaba con una buena población de truchas comunes, comenzó a barajarse la opción de ampliarla. Este hecho vino a suceder sobre los años 50, cuando se abrió el camino de Collado Bermejo con el propósito de construir el embalse, canal y salto hidroeléctrico del «Salto de los Órganos del Borosa». Dentro de las obras acometidas, se consolidó la laguna con una presa de hormigón, subiéndole el nivel considerablemente.

Más abajo, para regular el importante nacimiento de Aguas Negras, se construyó otra presa, que dio lugar a un embalse, llamado al

principio de FEDA, en alusión a la empresa concesionaria del salto: Fuerzas Económicas de Andalucía, que tenían también saltos en Quesada, Cazorla y Huesa. La presa alimentó al canal y a la central eléctrica del Borosa, que se construyó de abajo hacia arriba, porque por aquella época no estaba aún abierto el carril del río, que se construyó a principios de los 60, cuando la piscifactoría.

De esa forma, se crearon dos masas de agua excelentes para la cría y engorde de truchas comunes, que los gestores de la época aprovecharon, vedando la zona y vigilándola exhaustivamente por la guardería forestal. Hasta tal punto llegó el celo de la vigilancia que se encargó al guarda Alfredo Díaz, como única misión, el control de las dos lagunas recién creadas. Las truchas criadas en esta zona llegaron a alcanzar inusitados pesos. El lugar terminó de acondicionarse con un capturadero para el desove, fecundación de los huevos *in situ* y su transporte a la nueva piscifactoría del Borosa. Se pueden contemplar todavía los restos de esta «pesquera» en la entrada a la laguna del arroyo de Valdeazores.

Cuenta Antonio Martínez, veterano conductor del Coto Nacional y hoy día del Parque Natural, que «en el mes de febrero y principios de marzo se iban poniendo rejas entre los muros conforme entraban las truchas, y se cogían, se les masajeaba el abdomen para que soltaran los huevos, que se regaban con el esperma de los machos, y se echaban en cántaras de porcelana para bajarlos a la piscifactoría. En esos años nevaba mucho, los coches se quedaban en el collado de Fuente Bermejo y teníamos que bajar con mulos para cargar las cántaras».

Los resultados de producción y calidad de las truchas sobrepasaron las perspectivas iniciales. Por entonces eran frecuentes los viajes de caza del Jefe del Estado y sus invitados al Coto Nacional recién creado. Con el objetivo de que dichas autoridades pudieran practicar la pesca con comodidad, se construyó, por los años 60, un pequeño refugio a orillas de la laguna, dotado de salón con chimenea y literas; el *wc* estaba fuera. Franco visitaba esta laguna en jornadas de primave-

ra, acompañado por expertos pescadores, como su ayudante y paisano Pereira o los guardas Marcelino Parra «el Nutrio», y el mismo Alfredo Díaz.

Con el transcurrir del tiempo, el refugio perdió su función y su deterioro aconsejó su desmantelamiento en 1983. Fruto de la intensiva vigilancia de caza y pesca, y de la eliminación del ganado durante décadas, la Naturaleza siguió su curso, poblando la zona con los magníficos bosques que pueden contemplarse hoy día. Así es como este lugar se ha convertido en uno de los más emblemáticos, mejor conservados y con mayor número de visitas del Parque Natural Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas.

*El suelo es garantía de estabilidad y de fertilidad del suelo.  
De aquí que destruido el suelo,  
la ruina del suelo sobrevenga en plazo más o menos largo;  
la agrava y precipita el pastoreo,  
y aún mas la roturación de las pendientes*

ENRIQUE MACKAY, 1935

